

Andanzas del Daja-Tarto, penúltimo eslabón de la picaresca

Pudiera ser que para mentalidades estrechas relacionar a Gonzalo Mena Tortajada con la picaresca venga a significar algo así como un adjetivo despectivo. Yo creo que jamás se ha hecho justicia ni con el Buscón ni con el Lazarillo, ni con cualquiera de los personajes que han protagonizado nuestra mejor literatura y es por ello que hoy he citado al Daja-Tarto como último testigo de la incompreensión, como el único chiquillo que cree en los cuentos que siempre hemos oído, aunque la vida le haya ido enseñando a cada paso que los tragos pueden ser sorprendentes, como la soledad andante por cualquier camino que ha de otorgar la herida por la compañía, o el bocado de tiza para la dentera por una sonrisa, o la mofa de un terrateniente analfabeto a cambio de unas pesetas necesarias, o la voluntad templada sin un instante de desfallecimiento con apariencia de truco, frente a tanto truco con apariencia de esfuerzo.

Daja-Tarto ha pasado por todo —por todo lo honesto— para no tener que tragar nada entre dientes: Se retiró de los toros cuando supo que jamás podría llegar a ser torero y se estaba fraguando la revolución del sobre, se enterró en una fosa y hubo de besar la tierra para recoger las pocas moléculas de oxígeno cuando la gente no entendía que una vida era más seria que un contrato, ha desafiado la propia seguridad cuando ha entendido que había un compromiso de subsistencia contraído con los hombres y ha arriesgado su misteriosa personalidad de fakir sin trucos para afirmar en los teatros y recintos de todas las ciudades de España públicamente, su procedencia conquense:

“Yo decía siempre que había nacido en Cuenca, la Ciudad Encantada y que a buen seguro como consecuencia, debía estar encantado”.

Tras una reja de la antepiazza nacía en 1904 el Fakir más occidental de la his-

toria. En poco tiempo hubo de conocer las mieles del trabajo gracias a una recomendación para entrar de botones en el



J. L. PINOS



hotel Ritz, de Madrid. Su talismán, su estrella fatídica y cercana acaso a la que condujera por Sanlúcar al Rinconete, lo lleva a Talavera para hacerle testigo de la muerte de Joselito y le juega la peor pasada que se le puede jugar a un hombre: le invita a la solidaridad, de modo tal que Gonzalo Mena, el botones, el pillastre que ha visto al Conde de Romanones hacerse el distraído mientras le ponía el abrigo para escatimar una propina, siente en su rostro el sonrojo por el día de trabajo perdido y no vuelve a Madrid, apareciendo en Barcelona de donde pasa a Melilla como marmitón de barco en los días difíciles en que los moros cobran caras las visitas, ve los desastres de un ejército diezmado y vuelve luego de algún tiempo, para ser el primer conquense que pisa vestido de luces el albero de nuestra actual plaza de toros: “Me echaron un toro de cinco años que habían toreado en toda la provincia. Querían llevarse la tarjeta a Madrid para protestar. Si no es por los conquenses, que se opusieron a que lo toreará, hubiera terminado donde empecé. De todos modos, todavía el bicho se tragó cuatro lances seguidos... en el segundo quedé bien y aún toreé quince o dieciséis becerradas más”.

Y aquí, Gonzalo Mena Tortajada, el “Arenillas” provoca en un sencillo gesto contra la vanidad, la metamorfosis de la fama.

“En uno de los puestecillos de la Cuesta de Moyano encontré un libro que se llamaba “Misterios de la India” donde conocí que cada fakir dominaba un determinado truco. Yo me propuse hacer una recopilación de varios de los números y comencé atravesándome el pellejo del cuello por una aguja. Cuando me miré al espejo, caí desvanecido”.

El Daja-Tarto las pasa canutas en la plaza de Almansa cuando un novillero puntero, Julián Díaz “Madriñeño”, se entera de que bajo tierra hay un fakir jo-